

pueden manifestarnos de los tesoros de gracia escondidos en el corazón de María. No imitemos á esos indiferentes adoradores de una naturaleza degenerada y moribunda, que gastan su vida en la estéril admiración de las sombras que pasan. Subamos más alto que la naturaleza, ó más bien, con el auxilio de los pálidos rayos que aún refleja, alimentemos la dulce esperanza de contemplar despues de la prueba de esta vida á la Reina del universo en el Cielo de su gloria. Acostumbrémonos á buscar debajo de las cortezas de los Libros santos la sávia divina que cada palabra encierra: escuchemos con nuestras almas la voz del Espíritu Santo, que habla en aquellas páginas inspiradas; y colocándonos en el camino de nuestras primeras esperanzas, no nos olvidemos jamás de aquella Virgen inmaculada, de la Madre divina de Cristo, que vive desde la eternidad en el amor de su Dios, y ánte la cual se mueven el universo y sus mundos, la gracia y sus maravillas, el Cielo y sus escogidos, como el incensario de oro que el sacerdote maneja en el altar durante los santos misterios.

FIGURAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

QUE SE REFIEREN Á LA VÍRGEN.

DISCURSO II.

Omnia in figura contingebant illis.
 Todas estas cosas que les acontecian eran
 unas figuras.

(1 Cor. X, v. 11.)

La ley antigua llevaba consigo á Jesucristo, dice S. Agustin: *Tota lex gravida erat Christo*. Las instituciones, los sacrificios, las ceremonias, los acontecimientos públicos, los edificios, las ciudades, los grandes hombres del pueblo antiguo, no fueron sinó la sombra del porvenir: *Umbram habens lex futurorum* (1). En la ley de Moisés estaba figurada la ley cristiana: los sacrificios cruentos figuraban el sacrificio de la cruz; el Arca santa y el templo de Jerusalén eran figura de los templos y del tabernáculo del culto católico. Abel representaba al inocente Hijo del hombre, Melquisedec su sacerdocio, Job su paciencia, Isaac su muerte, José los actos más interesantes de su vida; Moisés su ministerio, David su dignidad real, Salomon su sabiduría; de suerte, que la vida del Salvador estaba anticipadamente representada en aquellas figuras y en las cualidades de esos hombres. Pero, si la Escritura nos presenta en todas partes la figura del Hijo, no se olvida por eso de la Madre. Por María y para María, el Verbo se hizo carne, pues que nadie como María contribuyó á la obra de la redención. Con efecto; en las Santas Escrituras encontramos, á la vez que las figuras de Jesucristo, las figuras de María: lo cual, por otra parte, nada tiene de particular, porque los misterios de la Madre se

(1) HEBR. XII, v. 1.

identifican con los misterios del Hijo. Si; junto al nombre de Jesús, se encuentra siempre el nombre de María.

Por esto me propongo en el presente discurso exponer, particularmente, las figuras vivas del antiguo Testamento, que se adaptan á la Santísima Virgen. Considerando dividido el cuadro histórico, que voy á trazar, en los dos grandes grupos señalados por los escritores que tratan de los Libros santos, examinaré, 1.º: *La época de la ley natural*; 2.º: *La época de la ley escrita*. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

En el orden cronológico, Eva, madre del género humano, es la primera figura que se ofrece á nuestro estudio: figura antigua y en alto grado majestuosa, que se aparece en la aurora de la creación, bajo la forma más pura, más rica, más angelical, que la de cualquiera otra criatura, excepto la de María, á la cual, únicamente, puede compararse en el momento de su creación. Eva, después de pasar algún tiempo de felicidad en el delicioso paraíso que Dios le había preparado, cedió á las sugerencias de la serpiente, arrastrando en su prevaricación al padre de la raza humana, á consecuencia de lo cual fuimos condenados todos sus hijos á perpetuo llanto. María, al contrario, nunca salió del paraíso de la gracia, y aplastó la cabeza de la infernal serpiente, salvando de este modo á la humanidad perdida. Es admirable el contraste entre estas dos mujeres tan opuestas en sus respectivos hechos. Eva era virgen, aunque esposa de Adán, cuando le habló el demonio; y María era también virgen, aunque esposa de José, cuando se le presentó el ángel. Eva dá oídos á la serpiente para dejarse seducir; María escucha al ángel para recibir las órdenes del Cielo. Eva, por creer al demonio, no cree á Dios; María, al contrario, presta absoluta fé al más incomprensible de los misterios, desde que el ángel se lo revela de parte y en nombre de Dios. Eva lleva al colmo su orgullo, su infidelidad y su insubordinación á Dios; María es un milagro de fé, de humildad y de sumisión á Dios. Hé ahí como una virgen es, en un principio, la ruina del mundo, y otra virgen es el origen de su salvación en el tiempo señalado en los decretos divinos. María virgen, pues, fué la mediadora y abogada de Eva, que había abandonado á Dios siendo virgen. La obediencia de María fué el remedio y la reparación de la desobediencia de Eva. Regocijate, Adán, exclama otro doctor, y regocijate con mayor razón, Eva, madre de los hombres: ambos nos disteis la vida, y ambos nos la quitasteis; y por desgracia, os la quitasteis ántes de habérsela dado;

pero tendreis una Hija que vá á llenaros de júbilo. Celebra en particular su nacimiento, tú, Eva, que fuiste la causa primera del pecado, el primer origen del mal, la que hiciste extensiva á todas las mujeres la mancha con que empañaste tu pureza. Acude, Eva, á María; madre, arrojaos á los piés de vuestra Hija; porque esa Hija incomparable será abogada y protectora de su madre; esa Hija lavará el oprobio y la ignominia de su madre; esa Hija satisfará por su madre á la justicia de Dios.

La muerte entró en el mundo por la compañera de Adán; y recobramos la vida por María. Eva, siendo virgen, se desposa con Adán; María, siendo virgen, es esposa de José, y Madre de Jesús. La palabra que ha de ser causa de nuestra perdición, se dirige á Eva; la palabra que ha de salvarnos, se dirige á María. Un ángel caído y rebelde sugiere la maldad á Eva, la incita á insubordinarse, y la llena de orgullo; un ángel purísimo comunica á María la voluntad de Dios, inspirándole obediencia, é inclinándola á la humildad. Eva aconseja y aprueba la insubordinación de Adán; María se identifica íntimamente con todos los sacrificios y la sumisión del Verbo hecho hombre. Bajo el árbol de la ciencia del bien y del mal, se ofrece á Eva el fruto de muerte; bajo el árbol de la cruz, entrega María el fruto de salvación producido en sus entrañas. Eva sedujo al primer hombre y venció su flaqueza, ofreciéndole un alimento *agradable á la vista*; María, ofreciendo un alimento sagrado, cuyo misterio no está al alcance de los sentidos, el alimento del cuerpo de su propio Hijo bajo el velo de la Eucaristía, fortalece las almas, colmándolas para siempre de sabiduría y gracia. Otras analogías pudiera indicaros; mas parece suficiente este cuadro general de los rasgos indicados, para que comprendais las miras de Dios. El papel que desempeñó Eva en la prevaricación del hombre, quiso que lo desempeñase María en nuestra rehabilitación. Era preciso que lo que se había perdido por su sexo, se rehabilitase por el propio sexo.

La otra mujer más inmediata á Eva, que apareció en los primeros tiempos, y que puede por analogía compararse á María, es Sara, que aparece al empezar el pueblo elegido. Sara es figura de María Santísima por su nombre, que significa como el de María, *soberana*, por su fecundidad admirable. En beneficio de Sara obró Dios igual prodigio, que más adelante había de obrar á favor de Isabel, madre de San Juan Bautista. El Señor concedió á Sara, en edad avanzada, un hijo, Isaac, especial precursor de la víctima del Calvario, hijo que había de darle á conocer al mundo en su propia persona, subiendo

en sus hombros al monte Horeb, el madero para el sacrificio en que había de ser él mismo la víctima. Sara es igualmente figura de María en las numerosas peregrinaciones que hizo con Abrahán, de Judea á Egipto, y comarcas adyacentes, huyendo del hambre; peregrinaciones comparables á las que en su tiempo emprendió María con José, huyendo del cruel Herodes, cuando dió á sus soldados la orden de matar al Niño Dios.

Otra mujer notable encontramos en los tiempos patriarcales, y es Rebeca. Si el nombre de Sara significa *soberana*, el de Rebeca, segun interpreta san Jerónimo, significa *Virgen perfecta*. ¿Y no es éste, acaso, el título que por excelencia corresponde á la Madre de Dios? Isaías fué el primero que, en sus célebres vaticinios, dió á María Santísima este glorioso dictado: *Ecce Virgo concipiet*; hé aquí, dice, que una Virgen concebirá. La Iglesia nos presenta á Rebeca como modelo de prudencia. Preciso fué que poseyera esta virtud en grado heróico, para ser figura de la Mujer, á quien la misma Iglesia invoca bajo la metáfora de Trono de sabiduría y de prudencia. La naturaleza había prodigado sus dones á Rebeca, como María fué dotada con los más preciosos dones de la gracia. Abrahán envió al más fiel de sus criados á pedir para Isaac, su hijo, la mano de Rebeca; y Dios envió al arcángel de las embajadas, al arcángel que había sido enviado en otro tiempo á Daniel y á Zacarías, para anunciar á María virgen que sería Madre de su Hijo. Cuando Rebeca oyó las palabras de Eliezer, estaba ocupada en sacar agua de un pozo; cuando María recibió la embajada del ángel ocupábase en llenar su espíritu del agua cogida en el manantial de la gracia, que apaga la sed para siempre. Rebeca fué madre de Jacob, que había de heredar las promesas hechas á Abrahán y á Isaac; pero María, de quien Rebeca era figura, dió á luz al Hijo en quien habían de cumplirse todas las promesas; al que para salvar á sus hermanos se acomodó el traje de Esaú; al que, como Jacob, aceptó una larga servidumbre, para que su Padre le concediera la esposa que había elegido, esto es, la Iglesia.

Raquel es, en la série de los tiempos de la ley natural, la última figura que presenta analogías con la Madre del Salvador. Todo es interesante y bello en esta graciosa figura. Su nombre es el emblema de la mansedumbre, pues significa *oveja*. Excelente semejanza con María Santísima, oveja sin mancha, que produjo á Cristo, Cordero de Dios. San Agustin considera á Raquel como símbolo de la vida contemplativa. Bajo este concepto, á nadie puede simbolizar mejor que á la Santísima Virgen, que en el Templo, durante su infancia, y luego en

Belén, en Nazareth y en el Cenáculo meditaba siempre las cosas de Dios. Raquel, lo propio que María, vive retirada y sola en el hogar, ó anda errante, siguiendo á Jacob, que huye de las iras de Esaú. Pero la analogía más notable entre la figura y la persona figurada consiste, en que Raquel fué madre del salvador de Egipto, y María es Madre del Salvador del mundo. Sí, Virgen Santísima: Vos, más afortunada que Raquel, habeis sido Madre del José verdadero, que vendido por sus hermanos, los perdona, los alimenta, les enriquece y les preserva del cautiverio y de la muerte.

Más en número son aún las figuras de María en el período de la ley escrita que en el anterior. A proporcion que los siglos adelantan, y los pueblos esperan con mayor ansiedad, los anima y consuela Dios con señales que les dejan vislumbrar la realidad. María, hermana de Moisés, es la primera figura que se presenta á nuestros ojos en esta época; y notad, que esta mujer es, entre las que se nombran en la Biblia, la única que goza del privilegio de llamarse María ántes que la Madre de Jesucristo. Los comentadores de los Libros santos dicen, que la hermana de Moisés se conservó virgen. La Escritura la titula profetisa. Aquella María, colocándose al frente de las mujeres de Israel, entona con ellas el himno de gracias, y ocupa su puesto al lado de sus hermanos, Moisés, caudillo del pueblo, y Aaron, sumo sacerdote; María, Madre del Salvador, es Reina de las vírgenes, nueva profetisa que celebra y canta las magnificencias del Señor, anunciando al mundo el reinado de la paz y el día de las misericordias; y no se separa de Jesucristo, Sumo Sacerdote verdadero, ni en Belén, ni en el Templo, ni durante su peregrinacion evangélica, ni en el Calvario, ni en el Cielo.

Cuando Moisés recibió de Dios la orden de volver á Egipto para sacar á su pueblo de la esclavitud, «tomó á su esposa Séfora y á sus hijos, y montándolos en un asno, regresó á Egipto, llevando en su mano la vara de Dios.» ¿Quién no reconoce en este grupo la imagen de la Sagrada Familia en su viaje á Egipto, cuando huía de la persecucion de Herodes, tal como nos la representan las reseñas y cuadros acomodados á la tradicion?

El pueblo gemía bajo el yugo de los Cananeos, clamando arrepentido al Señor; y al mismo tiempo tenía Israel en calidad de juez que lo gobernaba, á una profetisa llamada Débora. Sentada al pié de una palmera, juzgaba las desavenencias de sus conciudadanos que sometían á su fallo. Viendo al pueblo sumido en afliccion, envió á Barac, que San Ambrosio y otros comentadores creen era hijo suyo, dicién-

dole: «Vé en el nombre del Señor Dios de Israel, que te lo manda; guía el ejército al monte Tabor, y yo conduciré las huestes enemigas, entregándotelas á ti.—Si vienes conmigo, respondió Barac, iré á donde me mandes; pero si no quieres venir, tampoco iré yo.—Iré contigo, contestó la profetisa: y la victoria fué completa.» ¿Quién puede compararse á Débora? ¿quién es nuestra profetisa, que sentada igualmente al pié de la palmera, aguarda que el pueblo le manifieste sus diferencias para juzgarlas? ¿Dónde está la mujer que despierta al guerrero, anunciándole que está próximo el momento del triunfo, y acompañándole, pelea con él hasta alcanzar victoria completa? Vosotros la conocéis, la habeis nombrado, la habeis visto, la habeis saludado: es la Virgen Santísima. María es más que una profetisa, como quiera que fué anunciada ya al principio del mundo. La palmera, á cuya sombra se sienta para juzgar al pueblo, es el Templo santo, mansion de paz y de concordia, donde expone á Dios los deseos de las generaciones que esperan al Mesías, con objeto de que los satisfaga. El caudillo á quien incita á pelear es Jesús, el invencible gigante, en compañía del cual sube al Calvario el día de la gran batalla, sin abandonarle hasta que el velo del Templo se haya rasgado, y se eclipse el sol, y la naturaleza se estremezca en sus profundidades, hasta que el mundo, en fin, se haya salvado.

¿Y á quién representa Jael, esta mujer esforzada, que taladra con un clavo las sienes del enemigo de Israel? Jael representa la fé de la Iglesia, que destruye el imperio del demonio por la virtud eficaz de la cruz del Salvador. Jael es al mismo tiempo figura de María Santísima, quien con la cruz de su Hijo aplastó la cabeza de la infernal serpiente.

La privacion, el sufrimiento, la amargura y las angustias, señales característicos de la Santísima Virgen, debían estar tambien especialmente simbolizados en la antigua ley, y lo estuvieron en efecto. Juzgado por las tres notables figuras de que voy á hablaros. La primera es la hija de Jefté, Seía, nacida para el dolor. Hija única del valiente caudillo del pueblo, fué saludada con envidia en sus primeros años por sus compañeras. Y sin embargo, ¡cuán léjos está de serle propicio el Cielo! La tierna virgen, resignada y sumisa á la inflexible voluntad de su padre, subirá á la cima del monte, para llorar su malograda primavera. Todo se marchitará á su alrededor, como la planta cortada por el segador; todo se marchitará, hasta los recuerdos y las esperanzas, la gloria y la pátria, la familia y su juventud efímera.

La segunda figura á que me he referido, es Noemi, la mujer que

renuncia al título de *hermosa* para tomar el de *amarga*. El Señor la colma de amargura, privándola de su esposo y de sus hijos. Sola está en el mundo, con el corazón oprimido por la angustia y los ojos arrasados continuamente en lágrimas.

Tambien está simbolizada la Santísima Virgen en la madre de los Macabeos, cuyo elogio hace la Escritura en estos términos: «Fué una madre superior á todo elogio, digna de vivir eternamente en la memoria de los justos, pues, al ver á sus siete hijos morir todos en un mismo día, sufrió con constancia, esperando en Dios, y exhortando resueltamente á cada uno de ellos á sufrir el martirio.» La angustia de María en el Calvario excede á los sufrimientos de la hija de Jefté; la amargura de su corazón fué mayor que la de Noemi; y su magnanimidad, mayor que la de la esforzada madre de los Macabeos.

Y al recordar el libro del que he tomado el nombre dulcísimo de Noemi, se me ocurre otro nombre no ménos dulce ni ménos significativo: el de Ruth la moabita. Su historia es sencilla y tierna. Desheredada y pobre, va á recoger espigas en los campos del rico. Su resignacion, su modestia, su asiduidad en recoger las espigas que caen de las manos de los segadores, interesan á Booz, dueño de la miés. «Mira, hija mia, la dice, no vayas á trabajar al campo de otros: no vayas más que á mis campos. Juntate con mis siervas, y vé adonde ellas trabajen, pues he dado orden á mis criados de que no te molesten. Si tienes sed, vé adonde están los cántaros y bebe agua de la destinada á los dependientes.» Postróse Ruth en tierra, y dijo á Booz: «¿De dónde he merecido el haber hallado gracia delante de tí, y el que te dignes favorecerme á mí, pobre forastera?» Este humilde lenguaje guarda mucha analogía con el que usó la Santísima Virgen al contestar al enviado celestial, así como las palabras del arcángel guardan cierta analogía con las que pronunció Booz. «El Señor te premie por tu accion, y recibas una cumplida recompensa del Señor Dios de Israel, á quien has implorado y á cuya sombra has buscado un amparo.» A consecuencia de esta respuesta la jóven de Moab fué esposa de Booz, habitando con él en Belén, donde dió á luz un hijo llamado Obed, que fué progenitor de David, y, por consiguiente, del Mesías. Tambien la Madre de Dios, por haber hallado gracia delante del Espíritu Santo, fué elegida para esposa suya, y dió á luz en Belén á Aquel, á quien por espacio de cuatro mil años estaban esperando las generaciones.

¿Y no es notable tambien la analogía que se descubre entre Abigail, que sale al encuentro de David y aplaca su indignacion, obte-

niendo el perdón de los culpables, y María, que calma los enojos del gran Rey, alcanzando misericordia para los pecadores? entre la reina de Sabá, que viene de los confines de la tierra para admirar la sabiduría de Salomón, y María, que *se levanta del desierto como una columna de humo exhalado por la mirra, el incienso y todos los aromas*, para presentarse ante la eterna Sabiduría? entre la casta Sulamitis, cuyo sublime cántico respira amor celestial, y María, Reina de las vírgenes, enteramente abrasada en amor divino? entre la mujer fuerte que Salomón dice ser de inestimable precio, y María, mil veces más preciosa que todas las riquezas y joyas, María, que es la perla por excelencia, por cuanto á los ojos de Dios vale más que todo el universo? entre Betsabé, madre de Salomón, á quien este gran monarca hizo sentar en un trono diciéndola: «pedid, madre mía, cuanto queráis,» y María, sentada junto al Rey de la gloria, que accede á todo cuanto le pide? entre Sara, esposa de Tobías, hijo, á la que la Escritura cita como modelo de inocencia, de cordura, de piedad y de confianza en Dios, y María, modelo incomparable de todas las virtudes? Pero resumamos esta série de figuras, recordando dos de especial importancia.

Judith simbolizó á María, en los *dones* que recibió, en su *victoria*, en su *cántico* de acción de gracias, y en su *vida*. Judith fué la más hermosa de las mujeres, la más casta é irreprochable de las viudas; fué, en una palabra, la gloria de su nación; y la Virgen Santísima está dotada de dones más preciosos todavía, como lo son los de la gracia; es la más pura de las vírgenes, es, por último, la gloria de la Iglesia de Jesucristo. Judith venció á Holofernes con fuerte brazo, ahuyentando, con el poder de su nombre, al ejército enemigo, por lo cual se la proclamó redentora y madre de las tribus de Israel, alegría y honor de su pueblo; María, más fuerte que Judith, derrota al príncipe de las tinieblas, destruye las herejías solo con su nombre; nombre de triunfo, bendecido por la Iglesia y por todas las generaciones. Judith, en su cántico de acción de gracias, refiere á Dios el buen resultado de su empresa: Dios solo, dice la heroína, es Señor de la guerra; María, en el sublime cántico que todos los cristianos repiten, aunque elevada al colmo de la grandeza, se considera como la más humilde esclava del Señor, confesando en alta voz, que cuanto reconoce en sí de grande, procede de la mano del Omnipotente. Judith, viuda en Betulia, vuelve á la soledad despues de su admirable triunfo, y pasa el resto de su vida en la mortificación, el silencio y la oración; María, Virgen Santísima, vivió en la soledad, lo mismo

en Nazareth, que en Éfeso, entregada á la meditación y á la comunicación íntima con Dios.

Y entre esta ilustre série de mujeres célebres, ¿cómo pudiéramos olvidar á Esther, cuya semejanza con María es más notable aún que la de las demás que acabo de citar? Era Esther una doncella desconocida, hasta que el más grande y poderoso de los reyes de su tiempo, puso en ella los ojos para colocarla en el trono. Así también María, vírgen desconocida de todo Israel, atrae sobre sí las miradas de Dios, que la eleva á la altísima dignidad de Madre suya. Vasthi, antigua esposa de Asuero, fué repudiada por haber desobedecido á su señor. Así también Dios repudió á Eva, que había prevaricado, y eligió á María para Madre de los hombres. Existía una ley que no se había hecho para Esther, lo mismo que no se había hecho para María, la ley de la maldición primera, y de la cual será siempre exceptuada, no dejando, ni siquiera por un instante, de ser pura. En esta historia toda figurativa, Amán representa al demonio, así como el pueblo judío simboliza al pueblo cristiano, y como Mardoqueo es el emblema de los devotos de María. Ved ahora la excelente aplicación de estos antecedentes. Amán, imágen del príncipe de las tinieblas, había jurado la ruina de Mardoqueo y de su raza. Levántase Esther entónces para humillar el orgullo de Amán. Vístese las insignias reales, y se presenta al príncipe para exponerle su petición. Asuero la escucha, y accede á lo que solicita. El resultado fué, que Amán murió en la misma horca que había hecho levantar para Mardoqueo, y el pueblo judío se salvó. ¡Oh María, poderosa Reina nuestra! ¿Qué haceis Vos, sinó utilizar el agrado con que el Señor os mira, para burlar las asechanzas del Infierno, triunfando del poder de las tinieblas y constituyéndoos en Libertadora de vuestro pueblo?

¡Admirable es la analogía que se nota entre las figuras enumeradas, y la elevada persona á quien representaron! ¡Cuánto se goza la imaginación en recordar esos antiguos símbolos! Su duración personal estuvo, como la de cualquier otro individuo, reducida á pocos años, mientras su duración simbólica será eterna. Constantemente se las verá en pié delante de las generaciones, representando rasgos diferentes de la persona augusta que las reúne todos. Ya veis, pues, que el culto que tributamos á la Virgen Santísima no es obra del entusiasmo, no es creación ideal de la poesía, un ciego extravío del corazón, no; porque se funda en las divinas enseñanzas, en los hechos de la revelación, y está escrito en todas las páginas de la Escritura Santa; porque está vinculado á los nombres de venerables

matronas que ilustraron al pueblo de Israel. Dios ha querido que la memoria de la Santísima Virgen María estuviese grabada en todas partes con caracteres indelebiles: en las profecias, en las figuras, en los emblemas del mundo exterior; en la historia de las naciones, en los milagros de su Providencia, y, principalmente, en nuestros corazones. Amémosla constantemente; invoquémosla en todas nuestras necesidades; así Ella, despues de habernos colmado de gracias en este lugar de quebranto, nos conducirá á la gloria.

PREDESTINACION DE MARÍA.

DISCURSO I.

Ab æterno ordinata sum.

Desde la eternidad soy el principio de todo.

(PROV. VIII, v. 23.)

Esther, huérfana que vivía en cautiverio acompañada de su tío Mardoqueo, sentóse por disposicion de Dios en el trono de Asuero. David, el jóven pastor, fué ungido rey de Judá por mandato del Señor, que al efecto le envió el profeta Samuel. Maravillosas fueron estas vocaciones; pero ¿en qué pueden compararse con la de María?

Dios, que en la eternidad había previsto la caída del género humano, también había resuelto en su misericordia redimirlo por medio de la Encarnacion. Como una mujer había sido la causa del pecado, quiso que otra mujer fuese el instrumento del gran misterio de la reconciliacion. Esta mujer debía ser la Virgen María. ¡Sé eternamente honrada, augusta Madre de nuestro Redentor!

Consideremos hoy, amados hermanos míos, la sublime predestinacion de María. 1.º: *Es llamada á ser Madre de Dios, su cooperadora y sus delicias.* 2.º: *Su fidelidad en cumplir los designios de Dios sobre ella, debe servirnos de modelo.* Tal será la materia de mis reflexiones. Ayúdame á implorar los auxilios de la gracia. A. M.

María es verdadera y únicamente grande por lo que Dios obra en Ella; esto es, por la dignidad sublime á que quiere elevarla, y por las gracias con que la adorna para hacerla digna de sus dones. Servir, no solo de instrumento útil, sino de medio necesario á la Encarnacion del Verbo; proveer á Jesucristo de un cuerpo y de lo demás que compone la humanidad de que quiere revestirse, es el augusto